

P. Albert Bourgeois

El Superior general de la renovación



Vigilia de oración en el día de la Memoria Dehoniana

26.11.2021

P. Albert Bourgeois

El Superior general de la renovación

INTRODUCCIÓN

El día de la Memoria Dehoniana es una invitación a “recuperar la memoria histórica de aquellas figuras significativas, hermanas y hermanos nuestros, que pueden ser modelos y estímulos para vivir con mayor intensidad la vocación y la misión que tenemos en la Iglesia y en el mundo de hoy” (Carta del 18.12.2000, P. Virginio Bressanelli).

Celebramos el centenario del nacimiento del P. Albert Bourgeois (1921-1992), sexto Superior general de 1967 a 1979, y el 40º aniversario de la aprobación de las nuevas Constituciones (1982), así como el 50º aniversario del Centro de Estudios Dehonianos.

A propósito del P. Bourgeois, nuestro Superior general, el P. Carlos Luis Suárez Codorniú, escribe: “Su intimidad con el Señor, su capacidad de escucha y discernimiento, su conocimiento de nuestro patrimonio espiritual, su determinación a la hora de afrontar los retos y la imprescindible colaboración de otros muchos SCJ, han hecho posible que la Congregación se embarque en un camino de esperanza hacia la renovación que exige la Iglesia” (Carta del 3.2.2021).

Bendigamos al Señor que todo lo hace bien y que conduce a su Iglesia y a nuestra Congregación a compartir la experiencia de fe del Padre Dehon.

Canto

LA PERSONA

En un primer momento de nuestra Vigilia de oración nos fijamos en la persona del P. Albert Bourgeois. Escucharemos una breve reseña de su vida y obra, un testimonio del P. Virginio Bressanelli y meditaremos sobre uno de los textos bíblicos favoritos del P. Bourgeois cuando hablaba de la espiritualidad dehoniana.

Reseña biográfica

El P. Albert Bourgeois nació el 30 de enero de 1921 en Jandelaincourt, cerca de Nancy, Francia. Tenía siete años cuando su padre murió de tuberculosis, y sólo tres años después perdió a su madre. Un niño, por lo tanto, que conoció a una edad muy temprana el sufrimiento y las dificultades de una familia obrera pobre. Hizo su primera profesión en la Congregación de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús en 1938. En 1967, nada más terminar el Concilio Vaticano II, fue elegido Superior general, cargo que ocupó durante dos sexenios hasta 1979. Dirigió la Congregación en un momento de muchas transformaciones dentro y fuera de la Iglesia. El resultado más visible de la renovación de la Congregación fueron las nuevas Constituciones: un primer proyecto *ad experimentum* en el Capítulo General de 1973, y luego la aprobación, con diversas modificaciones, en el Capítulo General de 1979. A lo largo de estos años, el P. Bourgeois supo mantener la unidad de una Congregación llena de tensiones sobre su futuro rumbo. En varias ocasiones tuvo que invertir toda su autoridad como Superior general y fue el garante y representante de la “fidelidad dinámica” que caracteriza nuestra renovación. Desde 1979 hasta su prematura muerte en 1992, se dedicó a profundizar en el conocimiento de la experiencia de fe del P. Dehon y al estudio y comunicación de nuestras Constituciones.

Testimonio del Superior general, P. Virginio Bressanelli en San Quintín en el día del entierro del P. Bourgeois

Más que nadie en la Congregación, después de nuestro Fundador, nuestro hermano merece el hermoso nombre de Padre: por su valor, fidelidad y sabiduría en la animación de la Congregación en un periodo delicado y decisivo de su historia.

Como un buen pastor, supo conducirla a sus orígenes vivificantes. Sabía que la “savia” surge de las “raíces”, según las palabras de Pablo VI. Con su ejemplo, con su acción de gobierno, con sus numerosos escritos, quiso llevar a la Congregación a meditar sobre la primera intuición del P. Dehon.

Por eso es bueno que esté aquí, en San Quintín, cerca del Fundador. Donde tenemos nuestras raíces. Me gustaría que este entierro aquí diera testimonio de nuestra estima, nuestra gratitud por su persona y su servicio.

Me gustaría también que este entierro significara nuestro compromiso de mantener con dinamismo la herencia que nos dejó el P. Dehon, y lo mucho que San Quintín sigue siendo para todos nosotros: un centro de espiritualidad dehoniana, el punto de comunión con nuestras fuentes.

Al descansar en esta tierra materna, el P. Bourgeois se une para siempre a los fundamentos de nuestra Congregación, para que siga fecundando nuestra vida. Todos conocemos la riqueza de su vida espiritual y de su pensamiento, su apego a la Congregación y a su Fundador, su discreción y su humildad. Su vida fue verdaderamente la de un Sacerdote del Sagrado Corazón.

En estos dos últimos meses, nos dijo, el Corazón de Jesús se tomó en serio todo lo que había escrito sobre nuestra espiritualidad. Lo que escribió, lo vivió. Que siga siendo un ejemplo para nosotros y un recordatorio de que nuestra vocación es ante todo una cuestión de vida.

Texto bíblico: 1 Juan 4, 7-21

Queridos hermanos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados. Queridos hermanos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo para ser Salvador del mundo. Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. En esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo. No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor tiene que ver con el castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor. Nosotros amemos a Dios, porque él nos amó primero. Si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano.

Oración: Acto de oblación

Te damos gracias, Padre, Señor del Cielo y de la tierra,
porque en tu Hijo Jesús
has revelado el misterio de tu amor.

Transfórmalos en Cristo, siervo de los hombres,
y danos un corazón semejante al suyo;
haz que seamos ofrenda disponible
para anunciar tu misericordia.

Tú nos llamas a compartir el amor salvífico de Cristo
en una vida de oblación;
haznos partícipes de su redención
con la ofrenda de nuestra vida.

Juntamente con nosotros acoge
las expectativas y sufrimientos de nuestro mundo,
las esperanzas y fatigas de la Iglesia,
las alegrías y dolores de toda la humanidad.

Haznos profetas del amor
y humildes servidores de la reconciliación,
en camino hacia la Pascua de tu Reino. Amén.

LA ADORACIÓN

Puede parecer sorprendente que nuestras Constituciones, entre las orientaciones apostólicas, mencionen la adoración eucarística como primer elemento. El P. Bourgeois, desde el principio de su servicio como Superior general, ha sido un gran defensor, incluso frente a los reticentes, de lo que hoy parece ser un elemento definitorio de la vida dehoniana en todo el mundo.

En 1989, en el Colegio Internacional de Roma, el P. Bourgeois pronunció una serie de conferencias sobre “Nuestra adoración: historia, teología, política”.

Sobre esto, el P. Dehon se extiende en recomendaciones para la preparación, la celebración, la acción de gracias, la organización de la adoración, los saludos, etc. Pequeñas cosas y minucias, podríamos decir, ritos y costumbres que se han flexibilizado desde el último Concilio y en el movimiento de una espiritualidad y devoción más liberada y aireada. En estos detalles, más que una preocupación por la fría exactitud ritual, hay que ver, sin duda, un fervor realista y auténtico, que hay que situar en el marco de un gran proyecto de amor, de un corazón que ama en espíritu y en verdad, como los pequeños gestos de atención en la expresión del amor humano, en la familia, entre jóvenes amantes o viejos esposos, y, más generalmente, de la verdadera caridad hacia Dios y hacia el prójimo.

Pero hay que ir más allá, al sentido mismo, a la intuición que, para un Instituto cuya “finalidad restauradora” es su carácter y misión distintiva en la Iglesia, ve en la adoración eucarística un auténtico, esencial y sustancial acto de reparación.

María a los pies de Jesús (Lc 10,39) es el símbolo y el tipo del “tiempo” dedicado sólo a lo necesario, el tiempo libre, el tiempo “perdido”, humanamente hablando, porque todo es para Dios: el tiempo de María coincide con el tiempo de Jesús, sin que nada le reste ni le distraiga. Jesús invita a Marta a realizar, en su propia acción y servicio, la misma coincidencia a través de la atención a lo único necesario, es decir, a vivir realmente lo que debemos comprender a través de la contemplación en la acción. La verdadera eficacia de nuestra acción de redención y reparación proviene de esta coincidencia y no esencialmente de la perfecta adecuación de los medios, aunque la búsqueda de esta perfecta adecuación sea una exigencia de una acción que quiere ser toda y puramente para Dios.

Y esto nos devuelve al sentido mismo de nuestro culto, como tiempo puro y libre de lo único necesario. Necesario, no ante todo como “ejercicio” de santificación personal y como estímulo para el apostolado – “el alma del apostolado”, según el título de un famoso libro, ni siquiera como ejercicio y tiempo liberado y privilegiado para ofrecer compensación y satisfacción al Señor por las ingratitudes, indiferencias o sacrilegios de los que el Corazón de Jesús se quejó de ser víctima, sino como tiempo puro y libre, tiempo consagrado, humanamente hablando, tiempo perdido y aparentemente vacío de toda eficacia. Pero tiempo en el que, en nosotros, por y en Jesucristo, el mundo se abre y se ofrece a Dios que restaura y reconcilia, tiempo abierto a la acción de Dios en el mundo. Y es en este sentido que podemos y debemos hablar de culto restaurador.

De nuestras Constituciones

Cst 31

Para el Padre Dehon, pertenece a esta misión, en espíritu de obediencia y de amor, la Adoración eucarística, como un auténtico servicio a la Iglesia (cf. NQ 1.3.1893), y el *ministerio entre los pequeños y los humildes, los obreros y los pobres* (cf. Souvenirs XV), para anunciarles la insondable riqueza de Cristo (cf. Ef 3,8).

Cst 83

En la Adoración, estrechamente unida a la celebración eucarística, meditamos las riquezas de este *misterio de nuestra fe*, para que la carne y la sangre de Cristo, alimento de vida eterna, transformen más profundamente nuestra vida.

Con la Adoración eucarística respondemos a una exigencia de nuestra vocación reparadora, y deseamos alcanzar una unión más profunda con el sacrificio de Cristo para la reconciliación de los hombres con Dios.

Silencio/meditación personal - Salmo 139, 1-14

Señor, tú me sondeas y me conoces.
Me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.
No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma.
Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco.
¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;
si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha.
Si digo: «Que al menos la tiniebla me
encubra,
que la luz se haga noche en torno a mí»,
ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día,
la tiniebla es como luz para ti.
Tú has creado mis entrañas,

me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias porque me has plasmado
portentosamente,
porque son admirables tus obras:
mi alma lo reconoce agradecida,
no desconocías mis huesos.

Oración común:

Señor Jesús,
estamos reunidos aquí ante ti.
Eres el Hijo de Dios hecho hombre,
crucificado por nosotros y resucitado por el Padre.
Tú, el vivo, realmente presente en medio de nosotros.
Tú, el camino, la verdad y la vida:
tú, eres el único que tiene palabras de vida eterna.
Tú, el único fundamento de nuestra salvación,
y el único nombre que hay que invocar para tener esperanza.
Tú, imagen del Padre y dador del Espíritu;
tú, el Amor: el Amor no amado.
Señor Jesús, creemos en ti,
te adoramos, te amamos con todo nuestro corazón,
y proclamamos tu nombre por encima de cualquier otro nombre.
Señor Jesús, haznos vigilantes mientras esperamos tu venida.
(San Juan Pablo II)

Canto

LA REPARACIÓN

Reparación: una palabra y un concepto que todavía hoy provocan debate. Cuando, en 1973, el Capítulo General decidió, con 33 votos a favor y 32 en contra, insertar la “reparación” en nuestras Constituciones, según el P. Bourgeois ese voto decisivo fue el del P. Dehon.

En 1990, en el Escolasticado de Friburgo (Alemania), el P. Bourgeois dirigió una charla sobre la reparación. Comentó en particular el texto evangélico de San Juan, 19, 31-37.

Desde nuestro punto de vista y para nuestro propósito, lo más importante es recordar la última palabra, la cita de Zacarías 12, 10. En efecto, es el anuncio profético de esta contemplación asidua de Cristo con su costado abierto lo que llevó a los santos y a la Iglesia no sólo a la devoción al Corazón de Jesús, sino más precisamente al sentido de la reparación, que el mensaje de Paray-le-Monial no ha hecho sino explicitar y popularizar. Como se ha señalado a menudo, es al pie de la cruz o de la imagen de Cristo con el Corazón traspasado donde nació el pensamiento y la experiencia de la reparación posible y necesaria.

En primer lugar, porque es el signo del amor con el que somos amados, “el amor de Cristo Señor, en quien el Padre ha manifestado su amor por nosotros”, dicen nuestras Constituciones (n. 9), a lo largo de toda su vida y “hasta el final, hasta el extremo”, dice san Juan (Jn 13, 1).

Y entonces, porque es definitivamente allí, al pie de la cruz, que se capta el verdadero sentido del pecado, que se vuelve “sensible” a él, según el mensaje de nuestras Constituciones sobre el P. Dehon (n. 4), no sólo en sus consecuencias humanas y sociales, sino en su realidad teológica, aquella que, en el sentido estricto de la palabra, exige lo que entendemos por reparación.

Esto, como el amor mismo, no es un problema a resolver, sino un misterio en el que hay que entrar, no mediante lecturas, encuestas, sondeos, sino mediante la contemplación, que es amor y unión. Que esto no es una evasión de las verdaderas tareas de reparación de nuestro mundo, el Padre Dehon es un testigo difícil de negar. Creo que haríamos bien en volver no sólo a su acción, sino a su contemplación. “La herida del Corazón de Jesús es una elocuente escuela de amor. Al contemplarla, uno se siente irresistiblemente ganado por el amor y quiere amar con ese hermoso amor de compasión, que primero funde el Corazón en una piedad infinita y luego lo eleva fortalecido para todas las devociones” (ESC 1/278).

De nuestras Constituciones

Cst 7

El Padre Dehon espera que sus religiosos sean profetas del amor y servidores de la reconciliación de los hombres y del mundo en Cristo (cf. 2Cor 5,18).

Comprometidos así con Él, para remediar el pecado y la falta de amor en la Iglesia y en el mundo, ofrecerán, durante toda su vida, con sus oraciones y trabajos, con sus sufrimientos y alegrías, *el culto de amor y de reparación que su Corazón desea* (cf. NQ XXV, 5).

Cst 23

Entendemos la reparación como la acogida del Espíritu (cf. 1Tes 4,8), como una respuesta al amor de Cristo a nosotros, una comunión con su amor al Padre y una cooperación a su obra redentora en medio del mundo.

Es ahí, en efecto, donde Cristo libera hoy a los hombres del pecado y restaura la humanidad en la unidad. Es también ahí donde Cristo nos llama a vivir nuestra vocación reparadora, como estímulo de nuestro apostolado (cf. GS 38).

Silencio/meditación personal - Isaías 58, 1.5-12

Grita a pleno pulmón, no te contengas;
alza la voz como una trompeta,
denuncia a mi pueblo sus delitos,
a la casa de Jacob sus pecados.
¿Es ese el ayuno que deseo
en el día de la penitencia:
inclinarse la cabeza como un junco,
acostarse sobre saco y ceniza?
¿A eso llamáis ayuno,
día agradable al Señor?
Este es el ayuno que yo quiero:
soltar las cadenas injustas,
desatar las correas del yugo,
liberar a los oprimidos,
quebrar todos los yugos,
partir tu pan con el hambriento,
hospedar a los pobres sin techo,
cubrir a quien ves desnudo
y no desentenderte de los tuyos.
Entonces surgirá tu luz como la aurora,
enseguida se curarán tus heridas,

ante ti marchará la justicia,
detrás de ti la gloria del Señor.
Entonces clamarás al Señor y te responderá;
pedirás ayuda y te dirá: «Aquí estoy».
Cuando alejes de ti la opresión,
el dedo acusador y la calumnia,
cuando ofrezcas al hambriento de lo tuyo
y sacies al alma afligida,
brillará tu luz en las tinieblas,
tu oscuridad como el mediodía.
El Señor te guiará siempre,
hartará tu alma en tierra abrasada,
dará vigor a tus huesos.
Serás un huerto bien regado,
un manantial de aguas que no engañan.
Tu gente reconstruirá las ruinas antiguas,
volverás a levantar los cimientos de otros
tiempos;
te llamarán «reparador de brechas»,
«restaurador de senderos»,
para hacer habitable el país.

Oración

Bendito seas, Dios bondadoso,
por acercarte a nosotros por medio de Jesucristo,
imagen perfecta de tu amor.

Al entregarse por nosotros
y ofreciéndose a ti,
ha sanado un mundo roto
por el pecado y la muerte.
Nos ha liberado de todo
lo que nos esclaviza.
Nos ha reconciliado
entre nosotros y contigo.
Ha revelado el misterio
de tu vida eterna.

Por eso, Dios misericordioso
te pedimos que continúes la obra
que has comenzado en nosotros.
Que nos convirtamos en lo que recibimos,
el cuerpo de Cristo entregado a los demás.

Que tu Espíritu nos llene de tal manera
que revelemos en nuestras vidas
la reconciliación que Cristo
ha conseguido para nosotros.
Que mostremos al mundo
el amor que tu Hijo ha hecho posible
y la vida que has querido
para todos nosotros
desde el principio de los tiempos.
Amén.

Canto

LA REVOLUCIÓN INTERIOR

A diferencia de las Constituciones de 1956, las nuevas Constituciones ya no indican un tiempo específico para la meditación. Por eso, para el P. Bourgeois es aún más importante cuestionar la calidad de nuestra oración y meditación.

P. Bourgeois, Meditación para una Conferencia Provincial, sobre San Juan 15, 1-17, y especialmente 15, 3: “Ya sois puros por la palabra que os he dicho”, y con referencia a la Regla de Vida de 1973.

Más que el estudio y la discusión infatigable, necesitamos la atención de la oración. No sólo la atención en nuestras oraciones... sino la atención de la oración, como un movimiento del alma llevado por la fe y el amor... Juzgo la importancia y el sentido que doy a la oración no por las bonitas ideas que tengo sobre la oración, o por mi capacidad de hablar de ella, sino por el gusto que tengo por ella, por el lugar que ocupa en mis preocupaciones, mi predilección, el tiempo que le dedico, sean cuales sean mis ocupaciones o incluso a causa de ellas. Y cuanto más ocupado estoy, más “en el mundo”, más tengo que estar en Jesús, vivir en Él y de Él. No necesito sólo convicciones teóricas, ni sólo la ciencia de la oración. Necesito la sabiduría de la oración, la sabiduría de la oración.

Personalmente, concreta y sinceramente, tengo que preguntarme, tenemos que preguntarnos: ¿qué tiempo real para la oración queda en mi vida desde que la media hora diaria ya no está en las Constituciones? ¿La verdadera oración sigue siendo una estructura de vida para mí? O se reduce a los 5 ó 10 minutos, previstos aquí y allá, después de las lecturas, esos breves tiempos de silencio reservados en nuestros despachos, tiempos de silencio a menudo tan vacíos de verdadera oración; porque se necesita tiempo para que el silencio se establezca en nuestras vidas ruidosas, disipadas y ocupadas. Se necesita tiempo para que el corazón se purifique y para que el Señor se haga presente...

La oración suficiente, prolongada, perseverante, regular, incluso más allá del gusto o disgusto que tengamos por ella, es una exigencia de vida, de acogida de Jesús, para vivir y permanecer en Él, para producir fruto. Aparte de eso, uno no es un “discípulo” y no tiene lugar en la vida religiosa, en una comunidad religiosa. Pero os prometo que la verdadera oración y la vida de oración y el esfuerzo por la oración, mediante las purificaciones necesarias, los sacrificios de tiempo y los esfuerzos de pobreza y pureza de corazón, esta oración es una gran dulzura, una gran paz: “Os digo esto -concluye Jesús- para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea perfecta”.

De nuestras Constituciones

Cst 76

Reconocemos que de la asiduidad a la oración dependen la fidelidad de cada uno y de nuestras comunidades y la fecundidad de nuestro apostolado.

Cristo invita a sus discípulos, a sus amigos sobre todo, a perseverar en la oración; también nosotros queremos responder a esta invitación.

[Jesús] les decía una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer (Lc 18,1).

Velad y orad para no caer en la tentación (Mt 26,41).

Cst 147

Conformando nuestra vida a estas Constituciones, como lo exige nuestra profesión, nos afianzaremos en la fidelidad a nuestra vocación y a nuestra misión de Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús.

Nuestra vida religiosa participa en la evolución, en las pruebas y en la búsqueda del mundo y de la Iglesia.

Por ello, nuestra vida religiosa se ve constantemente interpelada. Estamos obligados a repensar y reformular su misión y sus formas de presencia y de testimonio.

Seguros de la indefectible fidelidad de Dios, enraizados en el amor de Cristo, sabemos que nuestra elección de la vida religiosa, para que permanezca viva, exige el encuentro con el Señor en la oración, la conversión permanente al Evangelio y la disponibilidad de corazón y de actitud para acoger el **Hoy de Dios**.

Silencio/meditación personal - Salmo 62, 6-13

Solo en Dios descansa mi alma,
porque de él viene mi salvación;
solo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré.
¿Hasta cuándo arremeteréis contra un
hombre
todos juntos, para derribarlo
como a una pared que cede
o a una tapia ruinosa?
Solo piensan en derribarlo de su altura,
y se complacen en la mentira:
con la boca bendicen,
con el corazón maldicen.

Descansa solo en Dios, alma mía,
porque él es mi esperanza;
solo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré.
De Dios viene mi salvación y mi gloria,
él es mi roca firme, Dios es mi refugio.
Pueblo suyo, confiad en él,
desahogad ante él vuestro corazón:
Dios es nuestro refugio.
Los hijos de Adán no son más que un sopro,
todos los hombres, una apariencia:
todos juntos en la balanza subirían
más leves que un sopro.

No confiéis en la opresión,
no pongáis ilusiones en el robo;
y aunque crezcan vuestras riquezas,
no les deis el corazón.
Dios ha dicho una cosa,

y he escuchado dos:
«Que Dios tiene el poder
y el Señor tiene la gracia;
que tú pagas a cada uno
según sus obras».

Oración por la Congregación y sus superiores

Jesús, buen Pastor,
que reúnes a esta familia en tu Iglesia,
atraída por el amor de tu Corazón:
concédenos, mediante la comunión y la obediencia,
formar un solo corazón y una sola alma,
para dar testimonio de tu presencia en el mundo,
en la alegría y sencillez de corazón.
Te pedimos por nuestros superiores, que,
con espíritu evangélico y siguiendo tus huellas,
nos guíen por el camino de la unidad
y de la entrega a los hombres.
Que tu Espíritu, con todos sus dones,
les asista en el servicio a ellos confiado,
para que, con fuerza y suavidad,
nos lleven a ti en el común servicio a tu Reino.
Te pedimos por las vocaciones en tu Iglesia.
Que tu llamada y elección encuentren respuesta
en los corazones que Tú mismo has creado,
para que cada día aumente
esta familia de testigos de tu amor.
Bendice nuestras comunidades y nuestras obras,
para que haciendo de ellas
lugares de fraternidad evangélica,
realicemos la verdad en el amor. Amén.

Canto

Oración de los fieles

Hermanos, en la memoria de los que nos han precedido y se han santificado siguiendo el camino espiritual indicado por el P. Dehon, a la luz del P. Bourgeois, Superior General de la renovación, pedimos la gracia de continuar, en fidelidad dinámica, siendo profetas del amor y servidores de la reconciliación en el mundo, en el camino del Reino.

Oremos: **R. Renuévanos, oh Padre, en tu santo Espíritu.**

1. Haz que el Espíritu de amor haga de todos los cristianos un solo pueblo en un mundo desgarrado por el conflicto y la discordia: que la Iglesia brille como signo de unidad y de paz. Oremos: **Renuévanos, oh Padre, en tu santo Espíritu.**
2. Renueva en el Papa, los obispos, los presbíteros y los diáconos, las maravillas de Pentecostés: haz que su servicio a la humanidad sea alegre y fecundo. Oremos: **Renuévanos, oh Padre, en tu santo Espíritu.**
3. Enciende en toda nuestra Congregación el fuego del Espíritu: para que anunciemos con nuestra vida el amor de Cristo, manso y humilde de corazón, y nos comprometamos cada vez más al servicio de los pequeños y de los pobres. Oremos: **Renuévanos, oh Padre, en tu santo Espíritu.**
4. Haznos comprender que de la asiduidad en la oración, de la práctica de la adoración eucarística y de la vida de oblación reparadora, dependen la fidelidad de cada uno de nosotros y de nuestras comunidades, y la fecundidad de nuestro apostolado. Oremos: **Renuévanos, oh Padre, en tu santo Espíritu.**
5. Envía a la Familia Dehoniana las vocaciones necesarias: que lleguen a ser profetas del amor y servidores de la reconciliación de los hombres y del mundo en Cristo, para gloria de tu nombre. Oremos: **Renuévanos, oh Padre, en tu santo Espíritu.**
6. Aumenta nuestra comunión: ayúdanos a permanecer unidos a nuestros hermanos difuntos en la oración y la esperanza. Oremos: **Renuévanos, oh Padre, en tu santo Espíritu.**

Padre nuestro

Padre, fuente de toda renovación en el amor haz que, con la colaboración de la Familia Dehoniana, el alegre anuncio del Evangelio del Amor resuene en todas las lenguas, pueblos y culturas, y que tu Espíritu Santo nos regenere en la Pascua de tu Hijo. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Canto